

del Código de 1917: esta afirmación es cierta, para el francés, pero no para otros idiomas; o cuando afirman que el estilo y el latín del nuevo Código han sido objeto de una revisión cuidada (pág. 42): no nos parece que haya unidad de estilo, y se encuentran italianismos que quitan agilidad al texto latino.

En cuanto a libro de M. Bonnet y B. David, es de lectura muy clara y fácil. Se aprecia el espíritu sintético

de los autores. No va más allá de lo que pretende: ser una introducción. Es de desear que —como lo dan a entender— los autores emprendan ahora una colección de libros en los que comenten de modo sistemático y detallado el entero Código de Derecho Canónico. Constituiría una valiosa aportación al resurgir de la canonística en Francia.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

A. FAIVRE, *Les Laïcs aux origines de l'Eglise*, Le Centurion, Paris 1984, 294 págs.

Con este libro, la editorial Le Centurion inaugura una nueva colección: «Christianos en la historia», querida como medio para acercar investigadores y público. Este primer volumen corre a cargo de Alexandre Faivre, profesor en la Universidad de Strasbourg, donde enseña patristica e historia de las instituciones cristianas en la Facultad de Teología católica. También es director científico de la «Bibliographic Information Bank in Patristics» (Universidad Laval).

El autor se propone descubrir quiénes fueron los primeros laicos, qué lugar se dejaba a la mujer, cuáles fueron los motivos de la división del Pueblo de Dios en clérigos y laicos a principio del siglo III.

Divide su trabajo en tres partes, que corresponden a tres momentos de la historia del laicado incipiente. El primer período lo constituyen los siglos I y II: La aparición de un laicado (págs. 11-57). Empieza el autor por estudiar «aquella bella época en

que no existían clérigos ni laicos»: «sacerdocio común, única vocación, única elección no impiden la diversidad de dones espirituales», los cuales se jerarquizan en función de su utilidad comunitaria. No ha nacido la clerecía, pero sí funciones, títulos, estatutos específicos. Las mujeres —en especial las vírgenes y las viudas— cumplen numerosas funciones, semejantes a las de los hombres, pero sin tener acceso a los correspondientes «ministerios instituidos». «La aparición del hombre laico» se da en la Carta de Clemente de Roma —en un contexto vetero-testamentario— con la característica de tener como única atribución la de obedecer a los preceptos. Este término de *laikos* no se vuelve a encontrar en los escritos ulteriores de este período: Ignacio de Antioquía, Justino, Ireneo de Lyon, que el autor examina detalladamente para concluir que durante todo este período existe un cristianismo sin laicos. «Sería por tanto vano preguntar

al cristianismo de los orígenes por lo que deber ser el papel de un laico». La Iglesia de los dos primeros siglos presenta una unidad cristocéntrica que la preserva de «una teología que estaría a favor de un centralismo humano». No existen laicos en dependencia de clérigos: sólo hay cristianos y discípulos que se recomiendan de Cristo en cuanto Maestro. Se invita a los fieles a que sigan a los «buenos presbíteros», que se convierten en «maestros» para los discípulos de Cristo. Dentro de poco serán clérigos.

El título de la segunda parte (páginas 59-163) es característico en sí: «El Pueblo de Dios escindido en dos». Cubre el siglo III, o siglo «de la gran mutación clerical». Al principio de este siglo, se encuentran constantes institucionales en cada iglesia local: en todas partes las comunidades están regidas por un episcopado monárquico y existe una distinción entre *ordo* y *plebs*, clérigos y laicos. A. Faivre opina que, en el estado de nuestra documentación, el paso a esta oposición radical entre laico y clérigo se ha dado repentinamente (p. 96): todos los hombres que no son clérigos y pertenecen a la Iglesia pasan a ser laicos (pero no las mujeres, designadas por distintos términos: «mujer», «cristiana», «mujer cristiana», «viuda», «viudas instituidas», «mujeres-diáconos», y nunca como «mujer laica» o «laica»). El autor matiza esta afirmación, preguntándose si el grupo de laicos se extiende a todos los varones o excluye a los catecúmenos, penitentes, niños y jóvenes; si no se trata más bien de «los más dignos, de los más sabios, de los más militantes». En todo caso, en un principio (con Tertuliano, y con influencia todavía perceptible en el Concilio de Elvira) el laico es el fiel bautizado de sexo masculino,

hombre de una sola mujer (págs. 247-248).

Hay que esperar hasta el siglo IV para que las mujeres sean también reconocidas como laicos. Y hoy en día, cuando no se niega a la mujer esa condición de laico, ella puede ejercer las mismas funciones que los laicos varones, aunque «sin poder pretender al mismo estatuto que éstos dentro del marco de los 'ministerios laicos' que la Iglesia intenta volver a realzar» (pág. 254). En ese siglo IV emergen «las nuevas razas de cristianos» (págs. 165-246). Es la época en que las autoridades civiles se convierten al cristianismo o lo favorecen y en que el cristianismo se encuentra frente a las culturas paganas y bárbaras. Después de la conversión de Constantino, se multiplica la tarea de la Iglesia y los laicos cumplen de modo privilegiado las obras de misión: «misiones culturales de las élites en el imperio, misión cuasi-diplomática de las familias reales en los pueblos bárbaros, y también, de modo más modesto aunque de igual eficacia, misión en el extranjero de los negociantes, viajeros y cautivos, apostolado doméstico de las mujeres con sus esposos e hijos, proselitismo de todos los fieles... y misión acerca de los cristianos arrianos» (pág. 223).

Sin embargo, frente al peligro de tibieza que corre un cristianismo demasiado fácil surge una nueva vía: el monaquismo, que encuentra su origen en el eremitismo, ya en el siglo III, y que desemboca en el s. V en una tercera «raza de cristianos»: «se es monje antes de todo; sólo después viene la distinción laico/clérigo». Esta nueva raza contribuye a «romper la relación complementaria y bipolar existente entre clérigos y laicos en el seno de la comunidad» (p. 233).

Como vértice de su estudio, A. Favière se pregunta si acaso la teología del laicado estaría en un callejón sin salida. En teoría, no excluye ningún fiel, pero no hay que descartar el peligro de que se llegue a nuevas distinciones entre los militantes que han recibido un mandato de la jerarquía —los ministros laicos que benefician de un reconocimiento oficial—, y los demás fieles, con la consiguiente dificultad en sacar de modo positivo el papel específico del laico. «La emergencia de los laicos se sitúa en el período paleocristiano en un momento en que la Iglesia tiene la impresión de correr tras el crecimiento numérico de las comunidades, sin saber todavía si es más provechoso aumentar el número de clérigos capaces de guiar esta afluencia de fieles o si es preciso crear una dinámica propia a esta masa de fieles, utilizando 'laicos-motores' para ello. El renacer del laicado en el s. XX, se opera en el marco de una carrera contra la descristianización que plantea un problema parecido: ¿es más urgente movilizar los fieles que quedan o inventar auxiliares para un clero deficiente?». Concluye el autor que los ministerios laicos individuales del siglo III no han sobrevivido más de cincuenta años, pero que esto no significa que la teología del laicado se

encuentre en un callejón sin salida: está «en la espera de una nueva vía eclesiológica» (pág. 257).

Con este libro —que contiene trece ilustraciones, un mapa, una cronología y varios índices de citas de la S. Escritura y de los Padres—, A. Favière plantea indudables problemas de fondo que, en su opinión, permiten establecer un cierto paralelismo entre los primeros siglos de la Iglesia y la situación presente de la misma. Quizá se valoriza demasiado el «ministerio laico» en detrimento del papel eminente —y propio— del laico de testimonio en medio del mundo, de apostolado y santificación de las estructuras temporales, papel que aparece como vital en el momento de la historia en que nos encontramos. Esa nueva eclesiología auspiciada por A. Favière, ¿acaso no se ha dado ya en el Concilio Vaticano II, sin que se haya sacado todavía todo el partido de su rico contenido? Será, sin duda, tarea del Sínodo convocado para celebrar el vigésimo aniversario del Concilio y del Sínodo sobre los laicos previsto para 1987, contribuir eficazmente a valorizar todavía más el papel del laicado en su cooperación a la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

ROGER PARALIEU, *Guide pratique du Code de Droit canonique. Notes pastorales*, introducción del Cardenal ETCHEGARAY, con la colaboración de Mons. de LANVERSIN, P. BEYER, Hna. de CHARRY, Mons. FORNO, ed. Tardy, 1985, 460 págs.

Roger Paraliéu publicó el año anterior un *Petit guide du nouveau Code de Droit canonique*, también en las

editoriales Tardy, que tuvo un gran éxito en toda la área francófona. Esta vez, el autor ha acudido a canonistas